

GOMARA: ENCRUCIJADA

José DURAND

POR MUCHO TIEMPO, nada le valió a Gómara para alcanzar el perdón de la crítica. En vano su firme cultura humanística, su conocimiento de la historia clásica, la vitalidad de su estilo; inútil la inteligencia, el poder de síntesis y, sobre todo, ese don de entregarnos vivo el pasado. Buena parte de los historiógrafos contemporáneos, más o menos positivistas aún, siguen desdeñando cuanto no sea testimonio de primera mano. Ciegos con la personalidad de quien estudian, si es que la tiene, indiferentes a lo que éste pretendía al componer su obra, para ellos sólo cuenta la exactitud, la honorabilidad y la abundancia de datos. Menos les interesa cómo vieron su tiempo los viejos autores que extraer sus materiales para armar hoy una historia en que los árboles, por lo general, impiden ver el bosque.

Frente a esa manera de entender—o no entender—las cosas, un lúcido trabajo de Ramón Iglesia, publicado hace unos diez años, presentó a Gómara en su auténtica valía. Ese excelente estudio llamaba la atención sobre “la necesidad apremiante de que Gómara sea estudiado y comprendido”. No es nuestro propósito, ni mucho menos, ofrecer la investigación detallada y sistemática que pedía Iglesia, sino contribuir al mejor conocimiento de esa ilustre figura de la historia clásica española. Sea un homenaje a la memoria de Iglesia, quien supo brillantemente reparar los cuatro siglos de injusticia pertinaz que pesaban sobre Gómara.

Aparte los actuales, Gómara también tuvo enemigos en su tiempo, y de talla mayor. Se llamaban Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Garcilaso Inca. Los lectores de Gómara eran legión, y cuando esos ilustres enemigos arremetían contra él, tomaban actitud muy distinta del desprecio; en su tono había la rabia de quien ataca a un rival poderoso, a un prestigio extendido por todo el mundo. Porque el sagaz capellán de Cortés supo lograr su ambición: la obra *oficial* que declaraba al mundo un descubrimiento de maravilla y una

conquista gigantesca. ¿Quién, si no él, iba a ser el que esto hiciese? Para hablar de tan grandes hechos era primero necesario percibirlos en todo su alcance; luego, ser capaz de expresarlos. No lo pudieron ni el hombre cargado de noticias, pero frío ante su espléndido sentido; ni el contrincante apasionado, obseso en sus propias doctrinas; ni lo hubiera podido tampoco ningún cronista de oficio, ducho y rutinario. Si fué Gómara y sólo él, ello se debió, a no dudarlo, a que tenía la virtud indispensable: talento, gran talento de historiador.

Propósitos de Gómara.—Al escribir su historia promediaba el xvi. Habían pasado cerca de cincuenta años desde que las *Cartas* de Colón y las primeras *Décadas* de Pedro Mártir anunciaron el descubrimiento. México y el Cuzco, cabezas de gigantescos imperios, se habían ganado en tanto; las hazañas y noticias increíbles eran cotidianas, y todas las relaciones que, desde Pedro Mártir, daban cuenta de Indias, tenían que resultar desvaídas, sin entonación bastante para el humanista de corte clásico, creyente en la historia como maestra de la vida y vida de la memoria. Gonzalo Fernández de Oviedo, respetuoso de Plinio, prolijo recopilador de noticias de historia natural y política, ha merecido hoy la defensa de los estudiosos; cabría preguntar, sin embargo, qué parecería Oviedo a una mente renacentista como la de Gómara. En su lengua, en su estilo, en su visión de las cosas, Oviedo tendría sabor a cosa vieja, y para Gómara, a inteligencia menor. ¿Vive el pasado en Oviedo?—podría haberse preguntado—; ¿hay en él una visión profunda del hombre y los hechos?

Sorprende cómo Oviedo, poblador de Indias y narrador de experiencias vividas, resulta mucho menos entusiasta y animado que Gómara, quien nunca salió de Europa. Ciertamente es que hay capítulos de Oviedo realmente encantadores, llenos de frescura y luz; pero ¡cuántas páginas farragosas, lentas, detenidas en minucias! Nada más contrario al espíritu de Gómara que el inútil abundamiento; él era capaz de la máxima intensidad expresiva dentro de la más absoluta concisión. La economía de recursos, que Alfonso Reyes subraya en su estilo, es aportación de Gómara a la prosa de los cronistas indios. Un par de líneas le alcanzan para suscitar en el lector el efecto deseado. Baste una muestra: “en fin, trajeron

casi todo aquel oro de Atabálipa, e hinchieron la Contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo”.

Hombre culto, debió pensar que ya era tiempo de una historia para Indias “a imitación de Polibio y de Salustio”; y, más aún, de que esa obra se aproximase, efectivamente, a sus modelos, hasta en lo literario. No se olvide que la historia era todavía obra de arte. Ni el ardor polémico de Las Casas, ni la paciencia laboriosa de Oviedo fueron lo que, según el clásico ideal de la historia, convenía al Nuevo Mundo. Por otra parte, había en Gómara el sentimiento, clásico también, de que era necesario un protagonista de dimensiones sobrehumanas. Bien subraya Iglesias su concepción heroica de la historia. Ese héroe lo tuvo a su lado, fué Cortés. A su afán, épico en cierto sentido e histórico a la manera de Plutarco, de elevar un gran personaje, todo lo somete y encamina. Sincero ideal fué su entusiasmo por Cortés—señala el mismo Iglesia—, y no compromisos de servidor mercenario. A tal punto lo apasiona su figura, que la escoge por único héroe, en perjuicio de Pizarro y Almagro—que desestima hasta cierto punto— y del mismo Colón. Buen español, al fin, siente celos de un extranjero, y acoge con facilidad la leyenda anticolumbina de Alonso Sánchez, el fortuito descubridor, si bien no sabe ofrecer el nombre de ese personaje incierto. Componer una historia de los hechos americanos penetrante y conjunta, erigiendo en ella la estatua del insigne capitán, es, a juzgar por su obra, propósito evidente.

Muy alto dice de Cortés el haber despertado tal admiración en hombre como Gómara, que al tomarlo por héroe lo hizo de un suceso incomparable, el hallazgo de América. Bien conocida es su elocuente dedicatoria a Carlos V: “Muy soberano señor: la mayor cosa después de la creación del mundo, sacada la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Mundo Nuevo.” ¡Grandiosa afirmación, dicha con la más rotunda simplicidad! Baste reparar en su audacia para comprender que nació de íntimo convencimiento, fuente del entusiasmo; tan profundo, que bien parece ser el impulso central de su obra. Ese vigor suyo que no desalienta en una línea, esa fe no quebrantada ni al hablar de los peores infortunios, descubre la raíz: el saberse historiador de un hecho de imprevisible estatura.

Historiador ante el pueblo español y ante la Europa entera, para el hombre culto y el lector común. Tan consciente se muestra de su propósito, que todo resulta encaminado a él. Y que no se confunda este fin magnífico, lleno de sentido, con el de hacer una "obrita de divulgación", según escribe un distinguido autor en frase ciertamente poco feliz.

Gómara sabía muy bien que América requería una obra importante, y sabía, asimismo, que la suya lo era; de ahí que de antemano ordene a los futuros traductores cómo han de vertir la obra con fidelidad, encareciéndoles "guarden mucho la sentencia", y también que "no quiten ni añadan ni muden letra a los nombres propios de indios, ni a los sobrenombres de españoles". En efecto, no tarda en traducirse a varios idiomas, y su fortuna en esas lenguas es quizá mejor y más duradera que en la propia. De otro lado, Gómara veía con toda claridad que el valor de su historia debía llegar por igual al sabio y al lego; por eso escribe en romance, con miras a la difusión entre el lector común de España, y anuncia que él mismo traducirá su obra al latín, en versión, claro está, destinada a toda Europa. Parece que no realizó este propósito, cambiándolo luego por el de traducir la segunda parte, labor inconclusa a su muerte. Sea como fuere, la determinación primera, declarada por él mismo, es la que cuenta aquí para advertir su intención universal al componer su obra.

Con absoluta claridad entiende Gómara que la historia americana, infinita en sus materiales, debe ser apretada y jugosa, de modo que luzca sin perderse los contornos. Así la dedica al Emperador, "no porque no sabe las cosas de Indias mejor que yo, sino por que las vea juntas". Si la limpieza del panorama lo obliga a escueta elocuencia, su afán por llegar a cualquier lector le aconseja sencillez. Por ello anuncia que el romance de su obra "es llano como agora usan; la orden, concertada e igual; los capítulos cortos, para ahorrar palabras; las sentencias claras, aunque breves". De tan admirable logro puede Gómara ufanarse como pocos o ninguno en sus días: el estilo, por concisión y justeza, llega a adelantarse a su tiempo; luego hablaremos de ello. Pero caer en sequedad por breve, era tan indeseable como ser gris por extenso. Hechos grandes piden calor y entusiasmo, y ese tono es, exactamente, el que usa Gómara. Movidó por su pasión de

historiar la conquista, impone difícil cartabón a su estilo, y el objeto práctico da resultados artísticos inmejorables. No en vano se le ha tenido siempre por “el más literato de los cronistas”, condición en la que sólo se le compara un americano, enemigo suyo, el Inca Garcilaso de la Vega.

Prosa histórica.—La materia literaria de Gómara se realiza en fecunda limitación. El pie forzado del ahorro lleva su capacidad de síntesis al mayor rendimiento, cargando las frases hasta rebosar de intención y sugerencia. Un gusto por la economía, un espíritu *elíptico*, digámoslo así, es general, y aun cuando anuncia tener dos “estilos”, uno en cada parte de su obra, no habla en realidad de estilo literario, que en ambas es poco más o menos el mismo: “soy breve en la historia, y prolijo en la conquista de México”. La diferencia está, no en la expresión, siempre concisa, sino en la amplitud con que trata los temas. Quizás porque la primera parte impuso definitivamente en su prosa rasgos tan peculiares. Tanto, que los de ser cortado, escueto, diestramente sencillo, sorprenden hoy por modernos. La prosa de Gómara, en los mismos días de fray Luis de Granada, representa la antítesis del período ciceroniano.

“Si breve bueno, dos veces bueno”, podría tomarse como lema tardío del ideal artístico de Gómara. Importa subrayar que, al ser escueto, Gómara cree realizar el espíritu del idioma, pues vemos que manda a los traductores “guarden mucho la sentencia, mirando bien la propiedad de nuestro romance, que muchas veces ataja grandes razones con pocas palabras”. Amparado por esta idea, movido por su natural temperamento de escritor y teniendo a Salustio por modelo, Gómara crea una prosa española admirable y llena de sabiduría, dentro de aparente sencillez. Maestro del estilo coloquial, usa a menudo palabras y expresiones familiares, abunda en refranes y es frecuente en oraciones nominales, como en la espléndida *Condición de Cortés*: “era devoto rezador y sabía muchas oraciones y salmos de coro; *grandísimo limosnero*”; “era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; *condición de putañeros*”. Más ejemplos hay en que la nominal aparece también al fin: “hay en él mucha contratación de sal y pesca; *gentil platería de indios*”. En ocasiones, los verbos se reducen

al mínimo; el manatí “es de la hechura de odre, con no más de dos pies, con que nada, y aquéllos a los hombros; . . . la cabeza como de buey. . . , los ojos pequeñitos, el color pardillo; el cuero muy recio y con algunos pelillos; largo veinte pies, gordo los medios, y tan feo es, que más ser no puede”. Por el contrario, otras veces acumula verbos con eficacia fascinante; los cocuyos, dice en un bellissimo pasaje, tienen cuatro estrellas, dos en los ojos y dos en las alas; “alumbran tanto, que a su claridad, si vuelan, hilan, tejen, cosen, pintan, bailan y hacen otras cosas las noches”. Cumpliendo su liturgia, el piache “llama, vocea, reza versos, tañe sonajas o caracol, y en tono lloroso dice muchas veces: Prororure, prororure”; “sospira, brama, tiembla, patea y hace mil bascas el piache”; hay indios que riñen beodos: “apuñéanse, desafianse, trátanse de hisdeputas, cornudos, cobardes y semejantes afrentas”. También acumula adjetivos, con hábil ordenación: de los padres de Cortés, “ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fué devoto y caritativo”; de niño, Cortés “era bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas”. La prosa adquiere así rapidez vertiginosa, y la brevedad en la expresión llega a su máximo. Al hablar del morbo gálico, juega duplicando la acumulación de adjetivos, con intención irónica: “era este mal a los principios muy recio, hediondo e infame; agora no tiene tanto rigor ni tanta infamia”. Asimismo, usa otras veces de duplicaciones: “Gasca, que antes también se *temia* no le matasen, *temió* reciamente”; Cortés “fué muy *dado* a mujeres, y *dióse* siempre; lo mismo hizo al *juego*, y *jugaba* dados a maravilla bien y alegremente”. “Así acabó Gonzalo Pizarro, hombre que nunca fué vencido en batalla que *diese*, e *dió* muchas.”

Igualmente es afecto a enumeraciones: ciertos indios “no tenían vestidos, ni letras, ni moneda, ni hierro, ni trigo, ni vino, ni animal ninguno mayor que perro; ni navíos grandes, sino canoas, que son como artesas hechas de una pieza”. Indios hay que “comen arañas, hormigas, gusanos, salamauquesas, lagartijas, culebras, palos, tierra, y cagajones y cagarrutas”. En los areitos, “entran luego todos haciendo seiscientas monerías: unos hacen del ciego, otros del cojo; cuál pesca, cuál teje, quién llora, y uno ora muy en seso las proezas de aquel señor y sus antepasados”. Sirvan estas mues-

tras de algunos rasgos estilísticos para ver cuánto hay en Gómara de habilidad y dominio de su arte.

Ya señalamos en los anteriores ejemplos cómo la brillantez del estilo tiene, al mismo tiempo, una función de ahorro; este fin, subrayamos, informa toda su prosa. Él mismo declara que “la brevedad a todos aplace”, y en otro lugar, que no sabe ya “decir más breve ni más verdadero”, o bien, no prosigue en un tema por ser “cosa larga y enojosa”. Tanto afán por huir de minucias acrecienta la síntesis y el vigor: “por no ser prolijo, quiero concluir este capítulo de costumbres, y decir que todas sus cosas son tan diferentes de las nuestras cuanto la tierra es nueva para nosotros”. Inclinado, si la historia lo exige, al tono sentencioso, Gómara obtiene elocuentes comentarios con una simple frase: “mas nunca lo despachaba, por estorbarlo Francisco de Carvajal, *que no quería paz ni España*”; “quedó Vela Núñez con el escuadrón, esperando lo que sería, *ca se hundía la ciudad a gritos de las mujeres*”; “quedó Blasco Núñez con este vencimiento muy ufano, y los suyos muy soberbios, *que así es la guerra*”. Siempre agudo al glosar, es también escueto: “harto buen concierto era, si engañoso no fuera”; “en fin, él atendió más a labrar armas que a ganar voluntades”; “el daño vióse por el suceso, que la intención y principio buenos fueron”; “los vecinos de allí se escandalizaban más de sus palabras y aspereza que de las ordenanzas”. Y en fin, en su deseo de expresión vigorosa y rápida, echa mano también de los superlativos, y habla de joyas “labradas maravillosísimamente”, o, ya en franca invención, de una “tierra septentrionalísima”.

Los frutos de este poder de síntesis son extraordinarios. Un capítulo entero dedica Oviedo a describir las costumbres en América de los primeros gallos y gatos (parte 1, Lib. VI, cap. x). Oviedo, serio, exacto, minucioso, se traslada a Gómara en unas pocas líneas, que el lector no cambiaría por nada del mundo: “los gatos, aunque fueron de España, no mean tanto como en ella cuando en celos andan, ni aguardan al enero a vocear, sino que a todo tiempo del año se juntan, y sin estruendo ni gritería”. Allí está Gómara: concisión, color, vivacidad, ironía, sentido poético. Tres líneas suyas contra medio capítulo de Oviedo. Vence el artista.

Pero no se conforma aún. Preocupado por la amenidad

de la historia, intercala rápidas anécdotas, chismes a veces, que vivifican el relato, dándole un grato calorcillo de plática hogareña. En Cajamarca, “murieron tantos [indios] porque no pelearon, y porque andaban los nuestros a estocadas, que así lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés”; la rivalidad entre frailes y clérigos—Gómara era de los últimos—aparece en estas mofas contra fray Vicente Valverde. Cuando la audiencia apresó a Núñez Vela, “grande arrepentimiento mostraron al virrey los oidores de su prisión, y le decían palabras de tristeza, si ya no eran fingidas, jurando que no habían sido en prendelle ni lo habían mandado, y que a qué árbol se arrimarian faltándoles él, y otras cosas tales; *mas no que le soltarían*”. Socarrón, cazurro, concededor del corazón humano, la ironía de Gómara es magistral y ha sido comentada ya. Del rey mismo dice que “así cumplía al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y aumentación de sus rentas”. Burlón, amigo del donaire, cuenta cómo los sublevados maltrataron en Lima a Núñez Vela, “diciendo: hombre que tales leyes trujo, tal galardón merece; si viniera sin ellas, adorado fuera; ya la patria es libertada, pues está preso el tirano. E con tales villancicos lo volvieron a Cepeda”.

Como la burla, también el vigor de los hechos puede expresarse de un plumazo. Prodigiosa es la escena en que, con un par de rasgos, salta Balboa de las páginas del libro a la viva realidad, para mostrarse presente con todo su entusiasmo de descubridor. Próximo al Pacífico, dejó Balboa “a los enfermos y cansados, y con sesenta y siete que recios estaban subió a una gran sierra, de cuya cumbre se parecía la mar austral, según las guías decían. Un poco antes de llegar arriba, mandó parar el escuadrón y corrió a lo alto. Miró hacia mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que le hacía tal merced”. ¡Todo el espíritu de la conquista palpita en estas líneas! Ejemplo, en fin, de sobriedad y fuerza, son las últimas palabras de la segunda parte, término de ella y de la magistral semblanza de Hernán Cortés: “por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte”.

Junto a la destreza y el don expresivo, frutos del cuidado literario, de continuo se muestra ligero en las cosas que narra.

Extraña ver cómo una prosa tan sabia puede traer aparejado el descuido en muchos pequeños detalles. Anuncia en un lugar que volverá a tratar cierto punto más por extenso, y cuando lo haga, le dedicará menos espacio que la vez anterior. O bien califica de falsa la leyenda de que las cruces halladas en Yucatán las habían llevado allí unos españoles llegados a América antes de Colón, y luego, al ocuparse nuevamente del asunto, sólo se referirá a esa leyenda, sin desmentirla esta vez. Muchos cabos, pues, deja por atar. Usa palabras indígenas, como *tambo* (*tampu*, voz quechua), sin acordarse de explicarlas. Habla de Vaca de Castro y de Núñez Vela por primera vez, y se refiere a ellos como si ya los hubiera presentado al lector; en realidad, la presentación la hará párrafos o capítulos después. Afirma que Alonso de Mendoza era incomparablemente superior a Francisco de Carvajal, y luego dirá que Carvajal "era el más famoso guerrero de cuantos españoles han a Indias pasado".

Cuidado y descuido: paradoja que en Gómara se da como parte esencial de su persona. ¡Español al fin! Ligereza y profundidad hay, al mismo tiempo, en su obra. Como hombre seguro y aun pagado de sí mismo, deja muchas cosas al desgaire, displicente, confiado. Por igual razón, no le importa difamar a muchos personajes, a veces injustamente. Atento al cuadro general de la historia, y a los hechos de las grandes figuras, desdeña los personajes secundarios, y con ellos su reputación. A veces, hasta los principales. Largo de lengua, no puede refrenarse y habla de cosas de que ni él mismo está seguro, si bien las da por inciertas. Cuenta así que Almagro fué, decían, hijo de clérigo. De tan frecuentes infamias y de su menosprecio por las gentes, nació el odio de muchos contra él; entre ellos el Inca Garcilaso, y también, por ésta y otras razones, Bernal Díaz. Lo que para Gómara fué sólo ligereza, resultó a la larga causa de su ruina y no hubo indiano que no lo aborreciese. Cuenta el Inca que un soldado del Perú, que hoy sabemos fué Gonzalo Silvestre, encuentra a Gómara en las calles de Valladolid y entre improperios le exige darle cuenta de ciertas falsedades que hay en su obra. Gómara, como en el proemio de su historia, responde, ahora de viva voz, no ser suya la culpa, sino de sus informantes; a lo cual replica Silvestre "que para eso era la discreción del historiador, para no tomar

relación de los tales, ni escribir mucho sin mirar mucho, para no difamar con sus escritos a los que merecen toda honra y loor". Hace poco, Porras Barrenechea ha comentado este pasaje.

Gómara, encrucijada.—Al instante se hizo Gómara un autor de todos conocido, aunque por muchos denigrado. Ello, sin embargo, no impide ni resta su difusión, y quienes lo atacan son los mismos que, uno tras otro, lo aprovechan: unos copian de manera literal extensos pasajes, como Dorantes de Carranza; otros lo rehacen mediante hábiles correcciones, como Cervantes de Salazar, pero manteniendo la mayor parte; Bernal aprende en el aborrecido texto a dar alguna forma y plan a su *Verdadera historia*, según lo ha indicado con sagacidad Ramón Iglesia. Y el Inca, más culto y razonable, advierte su profunda visión de los hechos y lo toma por fuente, desarrollando ciertos elementos de Gómara en un sentido personal. Ideas como la del fatídico infortunio que azota al Perú, que aparecen en Gómara (cap. cxc), dan lugar en el Inca a importantes páginas, claves para la comprensión de su obra. Un capítulo de Gómara, "Cosas notables que hay y que no hay en el Perú", sugiere varios muy bellos de los *Comentarios reales*. Del enemigo se aprende.

La fortuna de Gómara es, pues, innegable, aun dentro de su infortunio, porque era el compendio forzoso de la epopeya americana. El lector desinteresado gozaría el encanto, luminosidad y la visión original de las cosas; el indiano resentido —justamente resentido— hubo de reconocer al maestro del estilo, al sabio humanista, la mente rica y ordenada. Recuérdese que, cuando Gómara escribe, no lo habían hecho aún Hurtado de Mendoza, Mariana y demás representantes de la prosa histórica del Siglo de Oro. En Gómara había mucho de nuevo para España, tanto desde el punto de vista de la técnica histórica, como en su idea artística de la historia. Cualquier página de Gómara, después de leer a Pérez de Hita, Florián de Ocampo, Oviedo y demás anteriores, basta para revelar que el estilo de la historia renacentista llega propiamente con Gómara. Antes, todos resultan viejos y un tanto enmohecidos; Gómara prosigue rozagante, lleno de lozanía, como los colores de Miguel Ángel.

Olvidado Pedro Mártir de Anglería, inéditos en su mayor parte Oviedo y Las Casas, Gómara señorea la crónica indiana desde 1552 hasta bien entrado el xvii, no obstante lo que digan en contra suya. De otro lado, las trabajosas décadas de Herrera no podían alcanzar igual importancia. Pedro Mártir, muy leído en un principio dentro y fuera de España, decae pronto y ante Gómara se borra de súbito. Un asunto incidental muestra provechosamente cómo Gómara lo desplaza y es causa de su olvido. Cuenta Anglería en la Década tercera la fábula de un manatí domesticado por los indios de Santo Domingo, fábula que Gómara recoge en el cap. xxxi de su primera parte, uniéndola a una descripción del animal, procedente de Oviedo. Después de Gómara refieren la leyenda fray Diego de Landa en el siglo xvi, Dorantes y el doctor Jerónimo Gómez de Huerta en el xvii, y en Francia Buffon: todos ellos se basan en Gómara, sin advertir que la fuente original es Pedro Mártir. Más todavía: tampoco citan en este punto a Oviedo, a pesar de que su historia era preferentemente natural; pero antes de Gómara, Motolinía sí había mencionado a Oviedo cuando habla del manatí.

Desaparece Pedro Mártir, y con él, aunque en menor grado, Oviedo. Inédito lo más de su obra, la prolijidad de ella, descontando su viejo estilo, hubiera sido grave obstáculo a su influencia, como luego ocurrió con Herrera. Del padre Las Casas tampoco se imprimió la mayor parte, y aun de haberse publicado, su éxito en España hubiera sido dudoso; los cronistas rehuyen mencionarlo. Dorantes dispuso de la *Apologética historia de las Indias* en copia manuscrita, y transcribe muchos pasajes de ella sin nombrar jamás a su autor. Garcilaso Inca, que leyó sus *Tratados* y parece haber recibido influencia de ellos, nunca los cita; esto en cuanto a la obra de Las Casas, pero por lo que hace a la persona, el Inca tiene opinión tan desfavorable, que reproduce íntegro el terrible capítulo de Gómara contra el dominico.

Influye, pues, en los mismos que pretenden derribarlo, hasta los de un siglo después, como Solís. Bien conocida es la desfavorable opinión de éste sobre Gómara; pero más conocido aún el hecho de que tuvo en Gómara la fuente principal, principalísima. Y, ciertamente, sería difícil preferir hoy la

prosa barroca de Solís, bella en sus afeites, a ese maravilloso estilo de Gómara, que merece renovada admiración.

También sirvió de fuente a los poetas, entre ellos el *Carlo famoso*, de Luis Zapata de Chaves. Y fácil sería rastrear su influjo en la literatura del Siglo de Oro, cuyo interés por América nace propiamente en los tiempos de Gómara. Muchos, ciertamente, se basaron en historias particulares; pero muchos otros, quizá los más, debieron de valerse de Gómara para sus alusiones a América.

Así, se nos presenta como encrucijada de la crónica indiana y de la historiografía y aun de la prosa española. En él desemboca la vertiente Pedro Mártir-Oviedo; en él se estrella buena parte de la furia apostólica de Las Casas; de él o contra él nace la fronda de crónicas posteriores, corriente disparada en mil direcciones, que Antonio de Herrera, años después, no consigue reunir. Gómara es, pues, indispensable a la comprensión de la crónica de Indias. Infunde en la historiografía española el sol del mejor Renacimiento y, con Hurtado de Mendoza, narrador de sucesos particulares, representa el estilo renacentista y eslabona la espléndida serie de maestros de la prosa histórica que, partiendo de Alfonso el Sabio, llega hasta el genial padre Mariana. Y en la literatura española en general, Gómara es una de esas grandes muestras de asimilación personal de los modelos clásicos, que transforma con nueva savia, hasta el punto de que su prosa resulta en su época sorprendente e inconfundible. Siguiendo la ejemplar tradición de esos días, los modelos latinos no le impiden, antes le ayudan, a remozar la sintaxis y aun el léxico español.

La identificación hecha por Ramón Iglesia de la versión latina escrita por el mismo Gómara, trajo consigo el dato importantísimo de que esa versión imita abiertamente el bello lenguaje, "la frase escueta y cortada", de Salustio; carece, en cambio, de las cualidades históricas del vívido y realista original castellano, para convertirse en un panegírico de belleza académica. Esto permite deducir que, mientras la traducción latina imita el *estilo* de Salustio, la historia en español se atiene más a su *espíritu*, aunque con caracteres originales; y lo toma por modelo de prosa, original también. Recordemos esos magistrales relatos, exactísimos en su captación de rasgos distintivos, ejemplo de penetrante agudeza, que parecen

arrancados de las páginas de la *Conjuración de Catilina*. Recordemos igualmente que esa prosa cortada, contraria al gusto de entonces, revela a Salustio por modelo.

Se queja Solís de la poca paciencia que tuvo Gómara al historiar, y no sabe que nos revela así algo fundamental en el espíritu de Gómara, del Gómara entusiasta. Él mismo nos habla de “la impaciente cólera de los españoles”, de que ciertas ceremonias son “cosa enojosa para el español colérico”, y que, cuando muchos españoles se lanzan a cabalgar en llamas, éstos no son “caballería para su cólera”. Impaciencia, rabiosa impaciencia, alegre impaciencia por comunicar la vida de su historia a la posteridad, asoma a cada página de su obra. No se tome esto por censura, sino por excusa: lo que nos da su historia, bien lo merece.

El destino humano, mirado en sus instantes de máximo esplendor, no logra en Gómara liberarse de miserias. Sin llegar al pesimismo, jamás al desaliento, está aún lejana la visión negativa del mundo que domina medio siglo después; todavía nos hallamos en el Renacimiento. Es, sencillamente, realista, y cuando narra el hecho milagroso de la Conquista, prefiere darlo como viva realidad, lleno de altibajos, sorpresas, hechos admirables y mezquinos. Menudean los últimos. A la vez que ofrece el cuadro alucinante, añade rápidas noticias que tocan el suelo de la más cruda verdad. No es, pues, menoscabo de grandezas, sino sabiduría de la condición del hombre, recordar a cada paso que es flaco y ruin. De la ruindad, empero, sale el héroe para agigantarse, de allí donde el cualquiera se pierde.

Sólo advirtiendo el hondo sentido de la baja humana que tuvo Gómara, es posible entender su apasionado partidismo por el héroe, su menosprecio de los que no lo son. El grande hombre viene a resarcir su propia naturaleza miserable, y también la ajena. Contagia a los demás y cambia el destino de quienes lo rodean. El héroe, contrapeso de bajezas, es el único que inclina la balanza para ese clérigo Gómara que, alegre y animoso, es también socarrón y desconfiado.